

12. SANTO, SANTO, SANTO

"DESDE LA PERSPECTIVA DE LA REVELACIÓN LO PRIMERO QUE debemos afirmar sobre Dios es su soberanía. Y este primer punto está íntimamente ligado con un segundo punto -tan estrechamente ligado que cabría la posibilidad de preguntarse si no se debería comenzar por éste-: Dios es el Santo.¹

Estas palabras del notable teólogo suizo Emil Brunner reflejan la importancia asignada a la santidad de Dios. La Biblia misma confirma esta afirmación de Brunner ya que Dios, más que ninguna otra cosa, es llamado santo. Santo es el epíteto más vinculado con su nombre. Y también leemos que sólo Dios es santo. "¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo" (Ap. 15:4). Se nos dice que Dios es glorioso en su santidad. "¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?" (Ex. 15:11). Los serafines delante de su trono celebran sin cesar su santidad. Isaías los escuchó cantar: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6:3). El apóstol Juan escuchó a los serafines declarar: "Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8). El pueblo de Dios es instado a unirse en estas alabanzas. Leemos: "Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad" (Sal. 30:4).

Este énfasis hace que la iglesia cristiana ore diciendo las palabras del Padre Nuestro: "Santificado sea tu nombre" (Mt. 6:9).

SEPARADOS

Decir que el atributo de la santidad es importante no significa que lo podamos comprender. De todos los atributos de Dios, quizás este es el más malentendido.

Es un error conceptual pensar de la santidad divina en términos humanos. La santidad, o la rectitud, se concibe como algo que puede ser graduado, en más o en menos. Es decir, al mirar a nuestro alrededor vemos hombres y mujeres que están muy bajo en la escala: los criminales, los perversos, y otros. Si un puntaje perfecto en la escala de rectitud fuera cien, podríamos concluir que estas personas alcanzarían un puntaje entre los diez y quince. Por arriba de ellos encontraríamos las personas promedio de nuestra sociedad, que obtendrían un puntaje entre los treinta y los cuarenta puntos. Luego, tendríamos a las personas buenas, los jueces, los filántropos y otras personas humanitarias; podríamos pensar que ellos alcanzarían un puntaje entre los sesenta y los setenta -nunca cien, ya que ni siquiera ellos son tan buenos como podrían ser-. Y, por último, si llegáramos al total de cien puntos (o aun más, si fuera posible), tendríamos la bondad de Dios.

Muchas personas piensan algo similar a esto cuando consideran la santidad de Dios, si es que piensan en ella. Piensan que se trata sólo del bien común a todas las personas pero llevado a un grado de perfección. Pero de acuerdo con la Biblia la santidad de Dios no puede ser colocada en la misma categoría que la bondad humana.

Vemos la verdad de este concepto bíblico cuando estudiamos un pasaje como el de Romanos 10:3, "Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios". Este versículo distingue con mucha claridad la diferencia entre nuestra justicia y la justicia de Dios. Aun si fuésemos capaces de juntar toda la justicia que los seres humanos son capaces y hacer con ella una montaña enorme, no estaríamos todavía ni cerca de comenzar a alcanzar la justicia de Dios; la justicia de Dios está en otra categoría diferente.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de la santidad de Dios? Para contestar esta pregunta lo que tenemos que hacer es *no* comenzar con la ética. La ética está implícita, como veremos; pero, en su sentido más fundamental y más original, *santo* no es un concepto ético. Se trata más bien de algo

que está relacionado con la propia naturaleza de Dios y que por lo tanto lo distingue de todo lo demás. Es algo que separa a Dios de su creación. Tiene que ver con su trascendencia.

El significado fundamental de la palabra *santo* está presente en las palabras *santos* y *santificar*, y son casi idénticas con este término. *Holy* (la palabra en inglés para santo) proviene de las lenguas germánicas. *Santo* proviene de las lenguas romances. En su raíz etimológica, ambas tienen el mismo sentido. En el sentido bíblico un santo no es una persona que ha alcanzado un determinado grado de bondad (como muchas personas creen), sino de alguien que ha sido "separado" por Dios. Los santos son los "llamados" que componen la iglesia de Dios. La misma idea está presente cuando, en Éxodo 40, la Biblia hace referencia a la santificación de los objetos. En ese capítulo, se le instruye a Moisés sobre la santificación del altar y la fuente que estaba en medio del tabernáculo. El capítulo no hace referencia a ningún cambio intrínseco en la naturaleza de las piedras; éstas no son convertidas en más justas. Simplemente, quiere decir que han sido puestas aparte para un uso especial. De manera similar, Jesús cuando ora, dice: "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" (Jn. 17:19). Este versículo no significa que Jesús se hizo más justo, porque ya era justo. Significa que se apartó a sí mismo para una tarea especial, la tarea de proveer la salvación para su pueblo por su muerte.

La santidad, entonces, es la característica de Dios que lo separa de su creación, lo coloca aparte. Encontramos por lo menos cuatro elementos en la santidad.

El primer elemento es la *majestad*. La majestad significa "dignidad", "poder supremo en autoridad", "señorío" o "grandeza". Es la característica propia de los monarcas, y por supuesto, también es el atributo supremo de Aquel que es el Monarca de todo. La majestad es el elemento predominante de las visiones de Dios en su gloria, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El elemento de majestad relaciona la idea de santidad con la idea de soberanía.

Un segundo elemento en el concepto de santidad es la *voluntad*, la voluntad de una personalidad. Sin este elemento, la santidad sería un concepto abstracto, impersonal y estático, en lugar de ser un concepto concreto, personal y activo. Más aún, si le preguntáramos a Dios cuál es su voluntad más expresa, la respuesta sería la de proclamarse como el "Plenamente Otro", cuya gloria no puede ser opacada por la arrogancia humana y su antojadiza rebelión. En este elemento de la voluntad, la santidad se aproxima al concepto del Dios "celoso", que el hombre moderno encuentra tan repulsivo.

"Porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso" (Ex. 20:5). En sus justos términos, la idea de un Dios celoso es crucial para cualquier conocimiento verdadero de Dios. Como lo señala Brunner, es análoga a los celos inherentes en cualquier matrimonio. Una persona casada no debería dejar que un tercero se entrometiera en su relación personal. De manera similar, Dios rechaza cualquier atropello basándose en sus derechos como Señor de su creación. "La santidad de Dios no implica, por lo tanto, solamente una diferencia absoluta con respecto a su naturaleza, sino que es una autodiferenciación activa, la energía resoluta con que Dios afirma y sostiene el hecho de que él es Plenamente Otro, separado de todo lo demás. Lo absoluto de esta diferencia se convierte en lo absoluto de su santa voluntad, la cual es suprema y única".²

Para expresarlo en términos más sencillos: la santidad de Dios significa que Dios no es indiferente a lo que los hombres y las mujeres piensen sobre él. Él no sigue su camino solitario, permaneciendo imperturbable frente al rechazo que sufre por las personas. Por el contrario, vuelca su voluntad y sus actos para que su gloria sea reconocida. Este reconocimiento puede darse ahora, en cada caso en particular, o puede hacerse realidad en cada uno en el día del juicio divino.

Un tercer elemento presente en la idea de santidad es el elemento de la *ira*. La ira forma parte sustancial de la santidad de Dios. Pero no debemos confundirla con una reacción humana y emocional frente a algo, una reacción que solemos identificar con enojo. No hay ninguna emoción humana que pueda ser equiparada a la ira de Dios. Se trata de la posición apropiada y necesaria que el Dios santo asume contra todo aquello que se le opone. Significa que Dios toma el hecho de ser Dios en serio, tan en serio que no permitirá que nada ni nadie aspire a ocupar su lugar. Cuando Satanás intentó usurpar su

lugar, Satanás fue juzgado (y todavía será juzgado). Y los hombres y las mujeres también serán juzgados cuando se nieguen a ocupar el lugar que Dios les ha asignado.

El elemento final en la idea de santidad es uno que ya hemos mencionado: la *justicia*. La justicia está implícita en la santidad no porque sea la categoría más fácil para comprender la santidad, sino porque habiendo mencionado la voluntad de Dios, surge como corolario que la voluntad de Dios es justa, es la santidad expresada en un sentido ético. En otras palabras, cuando preguntamos: "¿Qué es lo que está bien? ¿Qué es lo moral?", contestaremos apelando a la voluntad y la naturaleza de Dios, y no apelando a algún estándar moral independiente, como si fuera posible que dicho estándar pudiera existir independiente de Dios. Lo justo es lo que Dios es y lo que él nos revela.

La naturaleza de Dios constituye el fundamento esencial para cualquier moral verdadera y perdurable. Como consecuencia, cuando Dios no es reconocido, la moralidad (no importa cuánto se hable de ella) entra en decadencia, como está sucediendo en la civilización occidental contemporánea. Es el deseo de obedecer a Dios lo que en última instancia posibilita un comportamiento ético.

EL TABERNÁCULO

Tenemos una dramatización de la santidad de Dios en las leyes para la construcción del tabernáculo judío. En un primer nivel, el tabernáculo fue construido para enseñar la presencia de Dios, la verdad de que Dios está siempre presente en medio de su pueblo. Pero por otro lado, también enseñaba que Dios estaba separado de su pueblo, debido a su santidad y a los pecados de ellos, y por lo tanto, sólo era posible acercarse a él de la manera que él determinara.

No debemos suponer que el pueblo judío comprendía mejor que nosotros la santidad de Dios, porque no la comprendía. Era necesario que Dios les enseñara sobre ella. El objetivo del tabernáculo era señalar que el hombre o la mujer pecadora no podían "irrumplirle" al Santo. Se entendía que Dios habitaba simbólicamente dentro de la cámara más interior del tabernáculo, conocida como "el lugar santísimo". La gente no podía entrar allí dentro. Un griego podía entrar en cualquiera de los templos de Grecia y rezar delante de una estatua de un dios o una diosa pagana. Un romano podía entrar en cualquiera de los templos de Roma. Pero un judío no podía entrar en el lugar santísimo. Solamente una persona tenía acceso a ese lugar y se trataba del sumo sacerdote de Israel; pero incluso él sólo podía entrar una vez al año y después de haber hecho sacrificios por él y por el pueblo que estaba reunido en el atrio. El lugar santísimo (la recámara más interna del tabernáculo) estaba separado del lugar santo (la cámara exterior del tabernáculo) por un grueso velo.

Pero eso no era todo. Del mismo modo que el velo separaba el lugar santísimo del lugar santo; es decir, dividiendo estas dos cámaras dentro del tabernáculo, también había otro velo grueso que separaba el lugar santo del atrio exterior. Y después había todavía un tercer velo que franqueaba la entrada al atrio, separando el tabernáculo del resto del campamento israelita.

El significado de la palabra *velo* es "separar" y (posteriormente) "ocultar". El significado de los velos, entonces, era que si bien Dios había elegido habitar con su pueblo, de todos modos debía permanecer separado de ellos u oculto de su vista, por causa de su santidad y del pecado de ellos. La comunión con Dios sólo se podía dar en el lugar santísimo. Pero para poder ingresar había que abrir tres cortinas, cada una de las cuales servía para hacer más claro el sentido del enorme abismo que existe entre Dios y la humanidad: primero, la cortina entre el campamento y el atrio; segundo, la cubierta a la entrada del lugar santo; y tercero, la cortina que separaba el lugar santo del lugar santísimo. Del mismo modo, para poder ingresar al lugar santísimo, el sumo sacerdote tenía que hacer un sacrificio en el altar de bronce en el atrio, y lavarse en la fuente que estaba en el atrio, luego debía pasar al lugar santo, a la luz del candelero de oro con los siete brazos, y a través del incienso que estaba siempre ardiendo sobre el altar en ese lugar.

¿Qué le sucedería al hombre o a la mujer que hiciera caso omiso de estas barreras? La respuesta es que sería inmediatamente consumido o consumida, como le sucedió a algunos que lo intentaron. La ira de Dios abrazaría el pecado que intentaba invadir o comprometer la santidad de Dios. En la medida que

reconozcamos su santidad comenzaremos a comprender algo de la pecaminosidad humana y de la necesidad de la muerte expiatoria de Cristo en la cruz.

ATRACCIÓN Y TEMOR

La santidad de Dios es otro atributo que vuelve a Dios indeseable y hasta amenazador. Ya hemos señalado que a los hombres y a las mujeres no les gusta la soberanía de Dios porque amenaza su propio deseo de soberanía. Un Dios soberano no es un Dios deseable. Esta reacción negativa es aun más evidente con respecto a la santidad de Dios.

Nos será de mucha ayuda el análisis detallado de la idea de la *santidad* que realizó el teólogo alemán Rudolf Otto. Otto escribió un libro, llamado *Das Heilige* en alemán, y *The Idea of the Holy* en inglés, donde busca comprender la naturaleza específica, no racional o superracional, de la experiencia religiosa, desde una perspectiva fenomenológica. Al elemento supranacional Otto lo denomina lo "santo" o lo "tremendo". Hay mucha diferencia entre lo santo y lo tremendo (como conceptos abstractos) de las religiones no cristianas y el Santo (como un ser personal) de la religión judía o cristiana. Pero hasta cierto punto, este análisis puede resultar útil, porque servirá para mostrar cómo los hombres y las mujeres consideran al Dios verdadero como algo amenazante.

En su análisis, Otto distingue tres elementos en el Santo. El primer elemento es su carácter de *tremendo*, queriendo significar "eso que profundamente nos maravilla". La palabra tremendo la usamos para referirnos a algo que es "extraordinariamente malo" o "terrible", pero aquí la idea es algo distinta. Lo tremendo en el Santo es aquello que tanto maravilla que produce temor y temblor en el adorador. El segundo elemento es su carácter de *avasallante*. Un poder supremo y majestuoso engendra un sentimiento de impotencia e insignificancia en el adorador. El elemento final es la energía, que Otto usa para referirse al elemento dinámico presente en el encuentro.

El punto clave es que la experiencia de enfrentarse con el Santo es muy amenazante. Los adoradores son atraídos por el Santo, pero al mismo tiempo son aterrorizados por él. La energía avasallante y maravillosa del Santo amenaza con destruir al adorador.

Debemos notar que también encontramos este mismo fenómeno en la Biblia; aunque la Biblia luego lo explica, algo que los no cristianos no hacen. El relato de Job nos puede servir de ejemplo. Job había sufrido la pérdida de sus propiedades, su familia y su salud. Cuando sus amigos se le acercaron para convencerlo que su pérdida debía ser consecuencia de algún pecado, conocido u oculto, Job firmemente se defendió de sus acusaciones. Y lo hizo correctamente, porque Job estaba sufriendo a pesar de ser un hombre recto. "¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?" (Job 1:8). Es obvio, que si alguien había que se podría haber parado frente a la santidad de Dios, esa persona era Job. Sin embargo, hacia el final del libro, cuando Dios se le acerca con una serie de preguntas y afirmaciones para enseñar algo sobre su verdadera majestuosidad frente a su siervo Job, que tanto había sufrido, Job queda casi sin palabras y en un estado de pequeñez. Le contestó a Dios: "He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?... Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 40:4; 42:6).

Vemos este mismo fenómeno en Isaías que tuvo una visión del Señor "sentado sobre un trono alto y sublime". Escuchó las alabanzas de los serafines; pero el efecto sobre Isaías en lugar de ser un sentimiento de orgullo y satisfacción, por haber sido elegido para tener esta visión, fue en realidad devastador. Isaías contestó: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos" (Is. 6:5). Isaías se contempló a sí mismo destruido y muerto. Sólo cuando un carbón encendido del altar tocó sus labios pudo volver a ponerse en pie y contestar afirmativamente el llamado de Dios para su servicio.

Habacuc también tuvo una visión de Dios. Estaba abatido por la impiedad que había en el mundo que lo rodeaba y se preguntaba cómo los impíos podían triunfar sobre aquellos que eran más justos. El profeta luego entró en su atalaya y esperó la respuesta de Dios. Cuando Dios le contestó, Habacuc fue invadido de temor, "Oí, y se conmovieron mis entrañas; a la voz temblaron mis labios; pudrición entró en mis

huesos, y dentro de mí me estremecí" (Hab. 3:16). Habacuc era un profeta. A pesar de ello, una confrontación con Dios fue estremecedora.

De manera similar, aunque la gloria de Dios estaba velada en la persona de Jesucristo, de vez en cuando los que fueron sus discípulos pudieron percibir quién era, aunque sólo lo pudieron atisbar, y su reacción fue similar a éstas. Así, cuando Pedro reconoció la gloria de Dios luego de la pesca milagrosa en Galilea, le dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lc. 5:8).

Cuando el apóstol Juan recibió la revelación de la gloria de Cristo, al ver al Señor parado en medio de los siete candeleros de oro cayó "como muerto a sus pies" y se levantó sólo después que el Señor lo había tocado y le había encomendado que escribiera el libro del Apocalipsis. Juan sólo se pudo parar frente al Señor después de haber experimentado algo similar a una resurrección.

Esto es lo que significa estar cara a cara con el Santo. No se trata de una experiencia placentera. Es excesivamente amenazante, porque el Santo no puede coexistir en el mismo espacio que lo impuro. Dios tiene que destruir lo impuro, lo que no es santo, y expurgar el pecado. Además, si esto es cierto en el caso de las mejores personas, como lo fueron aquellas que Dios escogió para ser sus profetas y a quien llamó "justos", ¿no será todavía más cierto con respecto a los que son antagónicos a Dios? Para ellos la experiencia es avasallante. Como reacción, se resisten, intentan tratarlo con liviandad o huyen de Dios. Tozer ha escrito: "El choque moral que hemos sufrido al romper con la voluntad celestial nos ha dejado con un trauma permanente que afecta todos los rincones de nuestra naturaleza".³ Es cierto. Como consecuencia, los hombres y las mujeres no se acercan a Dios, y lo que debería ser su mayor gozo les resulta aborrecible.

UN PUEBLO SANTO

¿Qué tenemos que hacer, entonces, nosotros que somos pecadores pero que nos confrontamos con el santo Dios? ¿Seguiremos nuestro camino? ¿Haremos todo lo posible? ¿Le daremos nuestras espaldas al Santo? Si no fuera porque Dios ha elegido que hagamos algo con respecto a nuestra condición, eso sería todo lo que podríamos hacer. Pero la gloria del cristianismo radica en el mensaje de que el Dios santo ha hecho algo. Ha realizado lo que era necesario hacer. Nos ha abierto un camino a su presencia mediante el Señor Jesucristo; y al emprenderlo, lo impuro se convierte en santo y puede habitar con él.

Al llegar a este punto podemos volver a la ilustración del tabernáculo en el desierto. El tabernáculo intentaba mostrar el abismo que existía entre Dios y su santidad y los seres humanos y su pecado. Pero también servía para ilustrar cómo ese abismo podía ser superado. En los tiempos del Antiguo Testamento esa superación era simbólica. En el sacrificio de los animales el pecado del pueblo simbólicamente se transfería a la víctima inocente, que moría en lugar del adorador. Por eso era que el sumo sacerdote debía realizar primero un sacrificio por sí mismo, y luego otro por el pueblo antes de ingresar al lugar santísimo el Día de la Expiación. Pero si bien el simbolismo era vívido e importante, no era la muerte de los animales, no importa cuántos, que expurgaba el pecado. La única y verdadera expiación sería provista por el Señor Jesucristo quien, cual Cordero de Dios perfecto, murió en el lugar de los pecadores. Además, no eran solamente los sacrificios lo que prefiguraba su obra. Cada parte del tabernáculo, el altar, la fuente, el candelero, el incienso, el pan de la proposición, y todo lo demás dentro del lugar santo estaba prefigurando algo. Para decirlo en otros términos, por medio de él nuestros pecados son lavados; él es la luz del mundo; él es el pan de vida; él es el centro de nuestra adoración mediante la oración, y él es nuestro sacrificio; un sacrificio suficiente, único y para siempre.

Y Cristo es verdaderamente suficiente. Cuando cargó con nuestro pecado tomando nuestro lugar y fue, por lo tanto, judicialmente separado de la presencia del Padre -ten ese preciso instante Dios mismo rasgó el velo del templo en dos, de arriba a abajo, señalándonos así que el camino a su presencia, al lugar santísimo, ahora estaba abierto a todos aquellos que vienen a él mediante la fe en Cristo, como él lo reclama-. A los que vienen, Dios les imparte una medida de su propia santidad en dos sentidos. Nunca podremos ser santos en el sentido del "Plenamente Otro" como él es; pero en un principio somos separados para él por medio de Cristo para ser sus santos, y luego para ser hechos justos en la práctica, y cada vez más en la medida que su naturaleza gradualmente transforma nuestros seres.

Son muchas las consecuencias para los que vienen al conocimiento del Santo. Primero, aprenderán a odiar al pecado. No odiamos el pecado naturalmente. Por el contrario, sucede todo lo opuesto. Por lo general, amamos al pecado y somos renuentes a abandonarlo. Pero debemos aprender a odiar al pecado; de lo contrario, aprenderemos a odiar a Dios quien reclama de los seguidores de Cristo una vida en santidad. Vemos que existía mucha tensión durante la vida del Señor Jesucristo. Algunos, viendo su santidad, llegaron a odiar al pecado y se convirtieron en sus seguidores. Otros, viéndolo, le odiaron y finalmente lo crucificaron.

Segundo, los que han alcanzado el conocimiento del Santo mediante la fe en el Señor Jesucristo aprenderán a amar su justicia y lucharán por ella. Estas personas suelen necesitar ser animadas. El apóstol Pedro escribió en su día: "sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 P. 1:15-16). No dice "Sed santos como yo soy santo". Ninguno de nosotros seríamos capaces de eso. No podemos ser santos en el mismo sentido que Dios es santo. Pero podemos ser santos en un caminar justo y recto delante de él.

Tercero, debemos aguardar el día en que la santidad de Dios pueda ser conocida en su plenitud por todos los hombres y las mujeres, y regocijarnos con anticipación a ese día. Si no hubiésemos venido a Dios mediante la fe en Cristo, ese día sería terrible. Significaría que nuestros pecados serían expuestos y juzgados. Habiendo venido a él, significa que nuestra salvación será completa porque seremos hechos como Jesús. Seremos como él es, en santidad y en todo otro sentido, "seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2).

Notas

1. Emil Brunner, *The Christian Doctrine of God: Dogmatics, vol. 1*, trad. Olive Wyon (Philadelphia: Westminster, 1950), p. 157.
2. Brunner, *The Christian Doctrine of God*, p. 160. 3.
3. Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 110.